

La Escuela al Campo

Pensé escribir una carta a los lectores de **Palabra Nueva** con motivo del primer lustro de vida de nuestra publicación y el inicio de nuestro sexto año de vida.

Hubiera escrito sobre algunas memorias, anécdotas; hubiera agradecido a los sacerdotes que aceptaron subirse a esta nave desde el primer vuelo, y permanecen; hubiera escrito también un agradecimiento a los fundadores que están cerca y a los que están lejos, no sólo a los que han escrito, sino a todos los que han participado de este esfuerzo; hubiera tal vez redactado dos párrafos agradeciendo a nuestros lectores su amabilísima atención, su recepción constante, su comprensión por nuestras dificultades y retrasos...Agradecería de modo especial a los que me han escrito, tanto amas de casa, profesionales o los presos de los distintos Kilos. Hubiera tenido agradecimientos especiales para aquellos que, residiendo fuera de la Isla, nos hacen llegar sus colaboraciones y se sienten cerca de nosotros, y para los otros que se han añadido a nuestro trabajo. Hubiera buscado especiales palabras de agradecimiento para nuestro Arzobispo, atento siempre a cuanto nos afecta, desde aquel primer número en la primavera de 1992. Pero el tema para este número ha variado, a partir de una información de Radio Reloj.

La información de aquella mañana del 8 de mayo tuvo el poder de seducirme. En síntesis, y citando libremente, transcribo lo que recuerdo: "revitalizar la escuela al campo", "la posibilidad de que estudiantes de secundaria básica realicen su periodo de escuela al campo en provincias ajenas a la suya" y "la familia cubana apoya la escuela al campo"...La memoria se activa. Personalmente participé en cada "etapa de escuela al campo", excepto en una ocasión por motivos de salud. Mi primera experiencia fue a los 11 años, en 7º grado; la última a los 17 años, cuando cursaba el 12º grado. Mis recuerdos son míos, pero similares a los de cualquier estudiante cubano, la mayoría, que haya pasado por tal experiencia. No tengo nada en contra del trabajo, ni contra aquella idea martiana de combinar el estudio con el trabajo. Tampoco pretendo imaginar qué hubiera escrito José Martí sobre la forma de poner en práctica su idea.

Recuerdo mis tiempos de escuela al campo, la preparación, el "embullo" que compartíamos y la posi-

bilidad de estar, unas seis semanas, fuera del control familiar...entonces ignoraba muchas cosas. La maleta, el candado, la ropa, las medicinas, el mosquitero y hasta el sombrero, significaban separación temporal, pasar un poco de trabajo, no ser un flojo y, muy importante, estar decidido a no "rajarse". Ser un "rajao" era algo mal visto por la mayoría, incluso por los profesores. Más bien se enfatizaba la condición de "rajao" cuando algún compañero de estudios abandonaba el campamento en compañía de sus familiares. Mis padres, al igual que otros padres, hoy lo sé, veían las cosas de otra manera. Para ellos era diferente. Un hijo siempre será un hijo aunque tenga 50 años. No es egoísmo, es amor, un amor que provoca celos, dudas, preocupaciones e insomnios. A ello habría que añadirle las reales dificultades del transporte para realizar las visitas dominicales. El resto de la semana hacían un esfuerzo para conseguirmos otras cosas que necesitábamos. La comida no nos alcanzaba, era poca, siempre fue poca y de mala calidad; pero entonces los padres podían hacer alguna inversión y comprar dulces, pollo, leche condensada, chocolate en polvo, carne rusa enlatada. Otro tanto ocurría con los artículos para el aseo personal.

Desde el "de pié" hasta la hora de "silencio", nuestra vida era una activa monotonía cuyo mayor énfasis debía ser la productividad. Una productividad dudosa, amenazada siempre por nuestra inexperiencia, nuestra apatía laboral, o por algunas horas robadas al trabajo para buscar frutas, algún caballo para demostrar nuestra actitud como jinetes o bañarnos "en la turbina". Los estudiantes destacados -siempre los había- tenían el honor de ver su nombre en el mural, al igual que "el majá". Todo debía ser dicho en el matutino, para que todos supieran que al destacado le daban un papelito impreso, mientras que al "majá"... pues eso, repetir su nombre por los micrófonos para que sintiera la vergüenza desbordarle desde la cabeza a los pies. Era interesante ver, durante este tiempo, que muchas veces -no siempre- los estudiantes más negativos de la escuela, también los de más bajo índice académico, pasaban entonces a ocupar puestos claves: ellos se convertían pronto en los jefes de brigada, el personal ideal para establecer "el orden" haciendo uso de su reconocida guapería. De los profesores, no recuerdo a muchos que hayan conservado su dignidad intacta durante y después de tal experiencia. No tanto por las relaciones "amorosas" que persiguieran, algo que no pasaba con la mayoría, sino

más bien por situaciones difíciles que se presentaban, como podía ser el imponer orden en medio de una guerra con pomos y piedras en un albergue a oscuras, donde centenares de adolescentes o jóvenes no podían encontrar mejor entretenimiento que esta "guerra" atípica, por lo poco atractivas o escasas que resultaban las "actividades culturales" programadas: sobre los maestros caía también la temible "artillería", cuando no las ofensas más soeces pronunciadas desde la garantía de la oscuridad; o por las peleas que alguno mantenía con otro alumno: un espectáculo lamentable, donde maestro y alumno se golpeaban mutuamente en medio de un ruedo improvisado de espectadores vociferando a favor o en contra. Las escuelas donde estudié no eran de las más negativas, los campesinos no tenían mucho de qué quejarse, como no fuera por motivos de trabajo.

¿Qué quedó de todo aquello? Algunos momentos de "diversión", bastantes tal vez, pues inventábamos la diversión para alterar lo monótono de permanecer allí. Conocer qué es el trabajo agrícola, saber de la humedad de la mañana y del fango que no deseábamos para nuestras manos; anhelar la lluvia para evitar no ir al surco, aunque nuestros albergues destilaran agua por los cuatro costados; recordar la angustia de los maestros porque no siempre existían los recursos médicos necesarios; conocer del campesino que se esfuerza porque todo salga bien y de otros que no esperaban gran cosa de unos muchachos con poco interés por la agricultura y sin posibilidades de comer los frutos que cosechaban; ver compañeros nuestros esforzarse en el trabajo por puro placer y otros que lo hacían para ganarse una visita a otro campamento un sábado en la noche. Adelantarnos al futuro era aquello, mientras nos repetían que así nos hacíamos hombres y mujeres, y "contribuíamos al desarrollo del país"; ver a nuestros maestros, los que nos educaban y nos transmitían los conocimientos, sometidos a situaciones embarazosas delante de aquellos a quienes debían inspirar sólo respeto. Descubrir allí la debilidad y el pudor puestos a prueba a cada momento. Esperar el domingo por la visita de nuestros padres y amigos, leer las cartas de los que estaban lejos y buscar un lugar solitario para tomar la comunión -los poquitos católicos- que el sacerdote nos enviaba; almorzar una comida fría, cocinada con mucho amor, compartida en ocasiones con los no visitados, a la sombra de algún árbol y evitando un hormiguero. Esperar el último día y partir de regreso a casa, a "la urbe" decíamos, con "la pura" y "el puro", ir "echando" de allí, dejando en aquellas colchonetas mugrientas nuestros últimos desperdicios: alguna ropa irrecuperable o algún par de botas, dignas de ser botadas.

¿Qué queda de todo aquello? Saber que fuimos poco productivos; que la experiencia era necesaria para no afectar el expediente, y tratar, mediante la fe y el paso de los años, de encontrar un sentido a lo vivido. Descubrir que habíamos nacido para el sacrificio...

"... Es cuestión de enfoques o intereses y necesidades, pero también de respeto al derecho de opción que corresponde a los padres y a los hijos..."

Y lo que creíamos que era algo del pasado, que a nosotros nos correspondía hacer por las generaciones venideras, no es un recuerdo, sino una realidad que nos golpea otra vez en nuestros hijos: en los mismos campamentos, en peores condiciones... Y escuchar ahora que hay que reactivar esta "actividad", mientras cada año menos jóvenes quieren tomar parte; asustamos mientras escuchamos que cada vez más, los estudiantes deberán ir a otras provincias y, lo más patético, dar crédito a nuestros oídos cuando la radio nos comunica el criterio de un especialista: "la familia cubana apoya la escuela al campo", como si se hubiera hecho ya el sondeo o los padres tuvieran la oportunidad de elegir sin afectar el futuro de los hijos. Podrá haber padres que les agrade que sus hijos asistan a la escuela al campo, o hijos que quieran ir, pero no debe ser tomado como una generalidad porque no todos lo apoyan. No, no es cierto.

¿Qué queda de aquello? ¿Qué quedará mañana de esto? ¿Es necesaria la experiencia en las circunstancias en las cuales se desarrolla? ¿Reactivar significa mejorar esas circunstancias? ¿El objetivo es formativo, productivo o que los muchachos se "diviertan"? El último tal vez se cumpla, sobre los otros dos tengo serias dudas, motivadas por la experiencia propia. En las condiciones en que se practica, no es la escuela al campo el ideal de formación. Tampoco es la vía para producir más de lo que el país y todos necesitamos. Creo que la escuela al campo mostró todo cuanto podía mostrar. Otra variante productiva debe ser estudiada, pues creo en la utilidad de combinar el estudio con el trabajo. Pero no creo que sea necesario ir tan lejos, ni separar a los padres de los hijos si no lo desean y las condiciones no garantizan el interés de la familia, ni atribular más a esta con movimientos y gestiones que desbordan las posibilidades de la economía doméstica.

Enfrentar el presente y el futuro con fórmulas del pasado es un error que, inexorablemente, nos mantendrá atados al pasado. Es cuestión de enfoques o intereses y necesidades, pero también de respeto al derecho de opción que corresponde a los padres y a los hijos: el derecho de la familia cubana, tanto o más necesario que el desarrollo agrícola o turístico para el bien común. Ω